

EL SALUDO ACADEMICO DE HERNÁN DEL SOLAR

Nos acompaña en estos momentos la figura de un hombre memorable: Alfonso Bulnes Calvo. Al sucederle Arturo Aldunate Phillips en la Academia Chilena, no se nos desvanece su imagen. Está con nosotros. Escuchamos, en lo íntimo, su palabra. Y la conocemos en seguida. Es espontáneamente acogedora y nos trae su deseo de que tengamos para el recién venido la cordialidad y el respeto que siempre tuvimos para él. Alfonso Bulnes no se halla ausente. Con su habitual señorío está indicándonos una actitud noblemente fraterna: que no haya vacío en el lugar que fue suyo y que pongamos en Arturo Aldunate la afabilidad y la comprensión con que a él le distinguimos.

No nos es difícil la obligación contraída. Cumplimos su deseo de hoy, secreto y vivo, con la naturalidad y la alegría de sentir que también es el nuestro. Arturo Aldunate Phillips viene a enriquecer nuestra condición de académicos. Está con él toda una vida de preocupaciones y afanes que siempre nos cautivaron el interés. Hombre de estudio, de rigor reflexivo, se une a nuestros trabajos y suma sus conocimientos y experiencias a los que cada uno de nosotros aporta a la faena común.

Si miramos hacia el principio de su vida intelectual —ininterrumpida y vehemente— le encontramos en busca de sí mismo, del punto de partida anhelado, de la naturaleza de su inquietud. Su primera respuesta al desasosiego interior no es lógica ni clara. El escritor la ha sentido acudir de muy adentro, vibrante, sonora, rítmica y rimada. Es un libro de versos. Es decir, algo que no acalla la íntima desazón, algo que no desahoga razonablemente. Parece, más bien, una intención de aumentarla, un propósito de estremecerla, un despreocupado intento de volverle la espalda a la quietud para mirar hacia lo lejos, hacia aquella parte del hombre y del mundo donde la vida secreta ha cerrado puertas y ventanas, escondiéndose, como incitando a una irrupción sin miramientos. Así suele ser la poesía. Nunca es contestación inequívoca a la ansiedad; siempre es un haz de interrogaciones que poseen, en sí mismas, el significado de un comienzo de azares mayores. No se entra en para el descanso y la molición; se va por ella y la paz queda dada para siempre.

La perdió Arturo Aldunate, hombre de números, al ser irredimiblemente conquistado por la poesía. Ya había hecho sus estudios y era ingeniero. Tenía, enfrente, un panorama halagador. Siempre, claro está, que la poesía le abandonara. Todos sabemos que la poesía es aventura, y que su halago es engañoso. Viene y se va, viene y se va, y nada cuesta que huya y no reaparezca. La ingeniería, en cambio, es cálculo, solidez, respetabilidad gravemente conseguida y conservada.

No le abandonó la poesía, sin embargo. Del libro propio le llevó a los ajenos, y, de pronto, a los del más grande de nuestros poetas. Arturo Aldunate cruzó valles, montañas y mares del país lírico de Pablo Neruda. Inmenso territorio donde la poesía enseña este hecho simple y luminoso en cada página: el mundo nace cuando surge el asombro. El crea y nombra. El poeta es el siempre asombrado. Está en el mundo por primera vez cada día.

Arturo Aldunate reunió en una antología la obra de Neruda hasta entonces más fuerte, fina, ancha, venida para perdurar. Y conoció la técnica del asombro, infaliblemente establecida en la palabra poética. Visitó después a otros conquistadores del verso y su verdad sin fin. Fue a encontrarlos en diferentes épocas, países y tendencias. Se parecían en su secreto último de asombrados. Entonces descubrió —para su insobornable regocijo— la actitud del poeta primitivo, exactamente la misma del poeta de todo tiempo: postura de admiración y sorpresa, de conmovido ensimismamiento, de interrogación anhelante frente a las cosas y dentro de sí. Está el primitivo rodeado de jónenes que no se explica. Siente la angustia de no entender mundo y le nace el júbilo de ir haciéndolo, a su manera, eligible. Así, tal vez, brotan los mitos. Son la respuesta mana a las preguntas del asombro, del miedo y la ignorancia.

La gracia creadora de una tierra, de un cielo y de un hombre repentinamente animados por el espíritu. Es la poesía que baja del hombre hasta lo hondo de la tierra, y que sube del hombre hasta lo alto de la cuesta de los dioses.

pero el mito significa otro acontecimiento prodigioso: si ha revelación del nacimiento de la poesía, es también un estado de la ciencia, a la cual anuncia, porque en él está, potencialmente, su actividad imaginativa en trance de asomar. Así, pues, ciencia y poesía se hermanan, tienen un destino común a cuyo encuentro salen por caminos propios y diferentes.

Arturo Aldunate queda fortalecido por esta advertencia que le colma de gozo: poesía y ciencia están sustentadas por un mismo intento, que no es otro que el de contestarle al hombre las preguntas de su incertidumbre, que el darle un entendimiento del mundo, que el profundizarle la conciencia de sí y de las cosas.

Escribe su libro "Matemática y poesía" y en él halla la señal de su futuro de escritor. Acaba de advertir que toda actividad creadora es, en esencia, poética. Con otras palabras, la poesía está en el hombre, que la reparte por todos los rincones de sus faenas investigadoras, de sus trabajos hacia el conocimiento. ¿Qué es el mundo? ¿Por qué se está en él? ¿Cuál puede ser el sentido del tránsito por la vida, que acaba en la muerte? Estos enigmas primordiales, que en toda época han rehuído al hombre, perdiéndose en la sombra, vienen rodeados de misterios de muy varia naturaleza y dimensión. El hombre los ha perseguido. Con la poesía los ha dignificado; con la ciencia los ha provisto de renovadas extensiones.

La hazaña de perderse —para encontrarse íntimamente— en tan inabarcables laberintos, es tentadora para quien, como Arturo Aldunate, desde el principio de su vida intelectual, quiere ir, afanoso, por esta poesía que el hombre abre no sólo en el lenguaje del poema sino en el de la ciencia. Aldunate estudia, medita, ordena sus conocimientos, y quiere compartir su júbilo de cruzar campos de esforzada travesía. Ha ido incursionando por múltiples y complejos conocimientos científicos, a través de lecturas minuciosas y comprensivas, y se propone ponerlos junto a la curiosidad de todos los que desean saber y comprender, sin estar capacitados para realizar personalmente la incursión indagadora.

De este modo va trazando su trayectoria de escritor: la ciencia que estudia pasa, ágil y firme, al libro que la propaga y explica. Posee Aldunate una extraordinaria claridad expositiva y los más complicados problemas, los descubrimientos de más oscura apariencia se esclarecen. Es así como en un ya crecido número de obras —"Al encuentro del hombre", "Einstein, el hombre y el filósofo", "Quinta dimensión", "Los robots no tienen a Dios en el corazón", "Una flecha en el aire", "A horcajadas en la luz", para no citar sino las fundamentales— Arturo Aldunate desenvuelve su producción literaria. Porque, ante todo, dejamos establecido que es esencialmente un escritor. Su tema constante: la aventura de la inteligencia humana en el mundo. Y no se piense que sólo la reseña a través del relato de los descubrimientos científicos y su cronológica exposición. Esta sería tarea de catedrático, honrosa, sin duda, pero insuficiente. El escritor desarrolla su tema identificándose con su personaje —el hombre del pizarrón lleno de fórmulas matemáticas, el hombre del laboratorio atiborrado de secretas posibilidades, el hombre del observatorio astronómico— y se sume en su aventura, la revive, la pone en relación con otras ciencias, la filosófica, por ejemplo, o con la idea religiosa, o con el mito cambiante y eterno que chispea allí donde la observación trata de conocer y de explicarse lo que conoce.

Arturo Aldunate es el escritor imaginativo y cordial que nos está contando el drama humano, su situación en el cosmos, su futuro previsible o inimaginable. El hombre es su interés más hondo. Su destino es lo que importa a su corazón e inteligencia. Sin duda, es un humanista. Y aquí quisiéramos recordar unas palabras de Thomas Mann, maestro de humanismo en la crisis angustiosa del mundo contemporáneo. "La astronomía, una gran ciencia —dijo cierta vez—, nos enseñó a ver que la tierra es un astro ínfimo en la maraña gigantesca del cosmos, un astro pequeñito que hasta en su propia vía láctea no se mueve sino en la periferia. Verdad de una exactitud seguramente indiscutible, desde el punto de vista científico, y, sin embargo, dudo de que en esta precisión se halla incluida toda la verdad. En el fondo de mi alma, creo —y esta creencia me parece natural a toda alma humana— que en el gran todo merece esta tierra ser considerada como un centro. En lo más profundo de mi alma, abrigó una hipótesis: el acto creador que de la nada hizo brotar el universo, como asimismo hizo nacer la vida a partir del mundo inorgánico, tuvo por único fin al hombre. Con él se realizó un gran intento, cuyo fracaso, por culpa de los hombres, equivaldría al fracaso de la creación misma.

Sea, así o no sea, bien estaría que el hombre se comportara como si así fuera.

Esta confianza en la dignidad humana, que las palabras de Thomas Mann afirman tan noblemente, la vemos presidiendo la obra de Arturo Aldunate Phillips. Por eso, en esta hora tan honrosa para mí, me enorgullece ser el designado para aguardarle a las puertas de nuestra Corporación, recibirle en nombre de todos, y llevarle hasta su condición de miembro de número de la Academia Chilena. Queda con nosotros y nos contenta su llegada.